

## EL SABIO CONFIDENTE EN LA PROSA DE HERODOTO

Ma. Esther Conejo Aróstegui

### ABSTRACT

This study analyzes two types of advisors, the tragic one and the practical one, in view of the great importance that the author places on the wise advisors in motivating action throughout the work. Besides, the different phases that make up each kind of advisor are pointed out.

Existe, en las obras escritas por Herodoto, un número de patrones de pensamiento que se cumplen en las diferentes aventuras tan entretenidamente narradas por el padre de la historia. Algunos de estos patrones de pensamiento son por ejemplo, el de 'surgimiento y caída' por medio del cual explica Herodoto los procesos de la historia, aplicándolos a los diferentes pueblos analizados en su obra, como el lidio o el persa; el proceso 'palabra-acción', por medio del cual las palabras se vuelven hechos —patrón también empleado por Sófocles— o el interesante proceso 'pensamiento-acción, por medio del cual Herodoto analiza los eventos humanos y las motivaciones —externas o internas— que llevan al hombre a actuar.

Al tratar de ahondar en este proceso, este estudio expondrá brevemente el mecanismo que presenta este patrón de 'pensamiento-acción', para luego examinarlo desde la perspectiva del 'sabio confidente'.

En los diferentes episodios de su narración, Herodoto separa —como lo hace Homero en la *Iliada* y la *Odisea*— una fase previa de planeamiento, de la acción propiamente dicha, sea esta de tipo bélico o de cualquier otra naturaleza, posiblemente con la intención de destacar alguna determinada motivación. Para lograrlo, Herodoto presenta un patrón completo que consiste en tres fases sucesivas: a) una de consejo, muy elaborada; b) una de decisión, muchas veces implícita; c) una de acción. Este procedimiento es producto de una intelectualización de la acción, aunque también se encuentran acciones basadas en la pasión (2). Pero es evidente que las numerosas escenas de consejo que permean la obra de Herodoto se basan más bien en el factor

intelectual que en el emocional; sobre todo si se considera con Herodoto que alguien en problemas debe tomar consejo ya sea consigo mismo o de otros (3), pues en este autor ser uno su propio consejero o recibir consejo son equivalentes en cuanto a resultados se refiere.

El elemento intelectual es tan importante en Herodoto, que en algunas ocasiones las escenas de consejo eclipsan la reseña de la acción misma; sin embargo, estas escenas son tan vívidas y los diálogos tan llenos de astucia y sentido común a la vez, que la narración nunca tendría el mismo encanto sin ellas.

Dentro de la narración, consejo y advertencia se producen en ciertas posiciones específicas y bajo determinadas circunstancias: frecuentemente hay una persona —el que posee el mando supremo por lo común— que se encuentra en una situación conflictiva y por lo tanto en necesidad de algún tipo de consejo. El consejero entra en escena en diferentes formas: algunas veces, aparece inesperadamente antes de que se produzca la acción, e influye en ella; en otras ocasiones —la mayoría— el consejo es solicitado ya sea a un confidente habitual, o a algún otro personaje, quien, debido a su fama, a su edad, o a las circunstancias particulares que se dan en ese momento, es considerado digno de tal confianza, y capaz de prestar un consejo veraz.

Aunque es lógico esperar que la mayoría de estos consejos, debido a la naturaleza histórica de la obra, sean de carácter militar, y se produzcan en momentos apremiantes, lo cierto es que hay un buen número de consejos que se producen en circunstancias muy distintas, como ocurre con la historia de Solón y Cresos (4) que se da en medio de

una conversación amistosa y ocasional. Tampoco todos los consejos son solicitados, ni obedecidos, como ocurre en el episodio de Giges y Candaules (5). En realidad, hay en Heródoto una gran variedad de consejos y consejeros.

En cuanto a la forma del consejo, puede aparecer como un oráculo, una simple conversación, un corto discurso, o una elaborada locución. En cuanto al contenido de éste, existe un modelo definido, que consiste en su forma más completa, de tres partes principales:

- a) Sentencias gnómicas, que dan forma a una visión del mundo.
- b) Una advertencia general, frecuentemente de tipo negativo ('no actúe en tal forma')
- c) Consejo específico referente al problema práctico que se tiene entre manos, y que incluye normalmente algún plan positivo.

No todos los casos presentan las tres fases completas, sin embargo, para dar una idea de lo elaborado de estas conversaciones en que se aprecian claramente las tres partes del consejo, se transcribe, abreviado, un diálogo sostenido entre Artabanus y el rey persa Jerjes, su sobrino, sobre la conveniencia de invadir Grecia. Jerjes pasa revista a sus bien entrenadas tropas, y en un primer momento, satisfecho de lo que ve, se felicita, pero luego lo asaltan unas ganas de llorar:

"Y habiéndolo observado Artabano, su tío paterno, el cual al principio había descubierto una opinión, no aconsejando a Jerjes a militar contra Grecia, habiéndose dado cuenta de que Jerjes lloró, decía: "Oh rey, cuán distintas cosas hiciste, pues habiéndote felicitado a tí mismo, lloras". Y Jerjes dijo: "Pues reflexionando me ocurrió haber lamentado que toda vida humana es breve, sí, en efecto, siendo éstos tantos, ninguno sobrevivirá al centésimo año. Artabano: "A lo largo de la vida hemos sufrido otras cosas más lamentables que esto; pues en una vida tan breve ningún hombre ha habido tan feliz...al que no se presentara muchas veces... querer más haber muerto que vivir. Pues las calamidades y las perturbadoras enfermedades, aún siendo breves, hacen que la vida parezca larga..." Jerjes: "Artabano, acerca de la vida humana, siendo cual tú describes que es, cesemos (de hablar), y no recordemos males, teniendo en las manos cosas provechosas..." (6).

En esta primera fase, la pesimista visión del mundo que expone Artabano, es rápidamente desechada por Jerjes, quien pasa directamente a preguntarle si su opinión sobre invadir a Grecia no habrá cambiado, a lo que responde Artabano:

"...yo todavía estoy lleno de temor considerando todas las cosas, y además viendo que las dos más grandes son para ti muy hostiles". Jerjes: "¿Cuáles dices son para mí esas dos cosas muy hostiles? ¿Acaso para tí la infantería es despreciable en cuanto a cantidad y el ejército griego te parece que será mucho más numeroso que el nuestro, o la flota nuestra será aventajada por la de aquéllos, o ambas cosas a la vez? ...Artabano: "Oh rey, cualquiera que tenga inteligencia, ni despreciaría este ejército, ni la cantidad de las naves; y ciertamente, si hubieses reunido más, las dos cosas que te digo se hacen aún más hostiles. Y esas dos cosas son la tierra y el mar: pues ni hay en ninguna parte del mar un puerto tan grande... que, levantándose una tempestad... sea seguro para salvaguardar las naves... por tanto, aprende que los acontecimientos dominan a los hombres y no los hombres a los acontecimientos... La tierra /por otro lado/ también se pone hostil para ti: Si nada se quiere interponer, tanto más hostil se hace para ti cuanto más adelante avances, siempre arrebatado hacia adelante... Y por tanto... habiendo para tí más territorio en más tiempo, engendrará hambre" (7).

Jerjes, en un discurso muy elocuente, refuta la advertencia general de Artabano empleando el paradigma de sus antepasados, que no engrandecieron el imperio quedándose inmóviles, sino actuando. Comprendiendo que ya la campaña bélica es inevitable, Artabano decide dar un último consejo:

"Ciro, el hijo de Cambises, a excepción de Atenas, redujo a toda la Jonia a ser tributaria de los persas. Te aconsejo, pues, que por ningún medio lleses a esos hombres contra sus padres (8) ya que sin ellos somos ciertamente capaces de ser superiores a los enemigos. Porque es necesario que ellos, si van, o sean muy injustos esclavizando su metrópoli, o muy justos liberándola conjuntamente" (9).

Si bien las advertencias de Artabano son rechazadas en este caso, no todos los consejeros de Heródoto corren con la misma suerte, pues existe una gran cantidad de consejos atendidos con resultados positivos. Además, se pueden apreciar diferencias considerables entre un consejo y otro, y por la misma razón, entre un consejero y otro. Así, se llega a descubrir dos grandes clases de 'sabio confidente: uno es el vaticinador trágico: el otro es el consejero práctico.

El vaticinador trágico, generalmente es un anciano sabio, que trata de moderar los ímpetus o la acción irreflexiva en un gobernante; en muchas ocasiones su lucha se libra para superar *ὑβρις*, el exceso de orgullo. En sus intervenciones, se caracteriza como un consejero en general pesimista, muchas veces negativo, no siempre escuchado, pero que invariablemente tiene la razón. Entre los numerosos ejemplos existentes, se han elegido tres historias que destacan diferentes rasgos de este peculiar confidente.

La primera historia se desarrolla en Sardes, donde Solón, el gran legislador ateniense, invitado por Creso, rey de Lydia, es instado a inspeccionar todos los tesoros y prosperidad de éste. Creso, deseando un elogio del estadista, alude a su sabiduría y le pregunta si ha visto alguna vez al hombre más dichoso de todos. Solón responde con las historias de Telo y la de los hermanos Cleobis y Bitón.

Creso, irritado dijo:

“Oh huésped ateniense ¿Y nuestra felicidad queda reducida a la nada, de tal manera que ni siquiera nos estimas del valor de los hombres particulares?... Y Solón respondió: Creso, todo hombre es una calamidad. Y tú me pareces estar enormemente rico y ser rey de muchos hombres. Y sobre aquéllo que me preguntabas, yo digo que aún no, hasta que sepa que has terminado bien la existencia. Pues no es en algo más feliz el que es muy rico, más que el que está al día, si no lo acompaña la suerte de que, teniendo todos los bienes, termine bien la vida. Pues de los hombres, muchos ricachones son infelices y muchos que de la vida tienen medianamente son afortunados; pues el muy rico e infeliz solamente aventaja en dos cosas al afortunado... (en que) es más capaz de satisfacer un capricho o sobre llevar una desgracia que sobrevenga;... (el afortunado) no es capaz (de hacerlo), pero la fortuna aparta de él esas cosas y es sin achaques, sin enfermedad, sin padecimiento de miserias, de buenos hijos, de buen aspecto. Y si además de esto todavía termina bien la vida, éste es aquél que tú buscas, el que es digno de ser llamado dichoso. Y antes de que muera, espera y no lo llares aún dichoso, sino afortunado” (10).

Solón en este interesante párrafo, defiende una visión general sobre la inseguridad del destino del hombre, en la que él —y los griegos— creen firmemente; no trata deliberadamente de ofender a Creso, sólo persigue moderar su desmedido orgullo. Creso, insatisfecho por la indiferencia del sabio hacia su fortuna, ignora su opinión. El tiempo será el único que dará la razón a Solón, pues tal y como se comprueba más tarde, (11) y aunque Creso continuó gozando por mucho tiempo de bienestar, riqueza y poder, el día llegó en que debió perder su reino a manos del rey persa, además de caer prisionero de él. Sólo entonces comprendió la advertencia de Solón.

El episodio sobre Candaules, un tirano también de Sardes, proporciona otro tipo de vaticinador: este rey, muy enamorado de su mujer, y deseando que el mejor de sus lanceros creyera en su excepcional belleza, le insta:

“Giges, me parece que no me crees, cuando te hablo del aspecto de mi mujer, pues sucede que a los hombres los oídos (les) son más infieles que los ojos; haz por contemplarla desnuda”, Giges, que era un hombre sensato, exclamó: “Y qué insana palabra pronuncias, mandándome contemplar desnuda a mi soberana? Al mismo tiempo que se despoja del vestido, una mujer se

despoja también del pudor. Hace tiempo fueron descubiertas por los hombres las bellas acciones, de las cuales es necesario intruirse. Entre ellas ésta es una: que uno contemple lo suyo. Yo además, estoy convencido de que ella es la más hermosa de todas las mujeres y te suplico que no me pidas cosas ilegítimas” (12).

Candaules, a pesar del oportuno consejo de Giges, lo obliga a mirarla ocultamente. El desenlace se presenta cuando la reina, —que había advertido la oculta presencia del intruso— lo llama para decirle:

“Ahora bien, Giges, presentándose dos caminos (te) doy a elegir cuál quieras seguir: o, habiendo asesinado a Candaules, aduéñate de mí y del reino de los lidios, o es necesario que tú mismo de inmediato mueras, de manera que en lo sucesivo no veas lo que no debes, obedeciendo en todo a Candaules. Así que, o debe ser muerto aquél que urdió esto, o tú, que me miraste desnuda y que hiciste lo inconcebible ¿“Y Herodoto agrega “Giges escogió vivir él” (13).

El consejo ofrecido por Giges, el más sano que Candaules podía recibir en aquellas circunstancias, se produce en el momento oportuno, y tiene como motivo tratar de moderar los censurables designios de su rey, aunque no lo logra. Los eventos posteriores sólo comprueban el acierto del vaticinador al reprender a su rey. Este es un tipo diferente de confidente, ni tan negativo como Artabano, ni tan filosófico como Solón, pero sí más firme y directo en su consejo.

Un último episodio que comprende un vaticinador trágico, se desarrolla en Olimpia, y se refiere a Pisístrato, tirano de Atenas en varias oportunidades, que, aunque fue un gobernante beneficioso en ciertos sentidos para Atenas, cuando ya la suerte no lo favoreció, decidió tomar a la ciudad por la fuerza, levantando un ejército de mercenarios, con aliados de Tesalia, Tebas, Eretria, Naxos y Argos (15). Herodoto narra:

“A Hipócrates de Atenas, siendo un particular y asistiendo a los juegos olímpicos, le sucedió un gran prodigio porque habiendo él sacrificado a las víctimas, dispuestos los calderos y estando repletos de carnes y de agua, hirvieron y se desbordaron (sin que hubiera fuego). Y el lacedemonio Chilón (14) por casualidad presente y contemplando el prodigio, aconsejó a Hipócrates: primero que no condujera a su casa a una mujer proliera; y segundo, que repudiera a la mujer, si acaso la tenía; y que si por casualidad tenía un hijo, renunciara a él. Habiendo aconsejado esto Chilón, Hipócrates no quiso hacer caso. Después de esto, le nació Pisístrato” (16).

El vaticinio en realidad va implícito en la interpretación del portento, y va dirigido no a Hipócrates directamente, sino a su ciudad, Atenas, que fue la afectada por el nacimiento de Pisístrato. Chilón, sin embargo sintió la obligación de hacerlo.

En resumen, se puede deducir, que el vaticinador trágico ofrece un consejo correcto y aplicable, con antelación a los hechos, y en general trata de moderar a su interlocutor. No siempre se encuentra una conexión inmediata —como en el caso de Chión—, pero la respuesta que reciben parece ser la misma en los tres casos: el consejo, no tomado en consideración en el mismo momento, suele encerrar un vaticinio para el futuro.

El consejero práctico es muy diferente, y se distingue del vaticinador trágico en el hecho de que su consejo no es una negación o prohibición, sino una idea positiva o un método para hacer frente a una situación determinada; su lucha en este caso, se produce para superar ἀπορία más bien que ὕβρις (17), y por esta misma razón, tiene mayor probabilidad de éxito.

Entre los muchos consejeros prácticos que aparecen en la obra de Herodoto, sobresale Harpago, un mero servidor de Astiages que, ultrajado por éste, pasa a ser confidente y guía de Ciro, nieto de Astiages y, ya maduro, rey de Persia. En el primer ejemplo sucede lo siguiente:

“Ya Ciro que se hacía un hombre y era el más valiente de los de su edad y muy estimado, Harpago le instaba, enviando dones, anhelando vengarse de Astiages. Pues por parte de él mismo, que era un particular, no veía que fuera posible una venganza contra Astiages; pero, viendo crecer a Ciro (trataba de hacerlo aliado, igualando las vicisitudes de Ciro con las de él mismo...Queriendo Harpago manifestar su propia opinión a Ciro que vivía entre los persas, de ninguna manera era esto (posible)! estando custodiados los caminos, pero él urdió esto: habiendo preparado una liebre y abierto el vientre de ésta...puso dentro un papiro, habiendo escrito lo que le parecía...y lo escrito decía así: Oh hijo de Cambises, ya que los dioses te vigilan, pues no habrías llegado alguna vez a tal grado de fortuna, véngate ahora tú de Astiages, tu propio asesino; pues conforme al deseo de éste estarías muerto, pero sobrevives por los dioses y por mí. Y creo que tú te has informado de lo que se hizo contigo mismo y de lo que yo mismo sufrí bajo Astiages, porque no te asesinó, sino que te entregué al boyero. Ahora tú, si quieres hacerme caso, el país que Astiages gobierna, todo eso gobernarás. Habiendo pues, seducido a los persas a sublevarse, conduce un ejército contra los medos; y si acaso soy aprobado por Astiages (como) jefe en contra de ti, es para ti lo que tú quieres; también si (es) algún otro de los distinguidos medos; pues estos principales habiéndose apartado de aquél y puesto de tu parte, tratarán de derrocar a Astiages. Así pues, estando dispuesto lo de allá, haz eso y hazlo con rapidez” (18).

La narración de Herodoto da cuenta de cómo Ciro, siguiendo al pie de la letra el consejo de Harpago, logra adueñarse de los dominios de su abuelo, precisando además que conservó a Astiages a su lado hasta su muerte.

El segundo ejemplo se refiere nuevamente a Harpago y Ciro. Creso, rey de Lidia, dejándose llevar

por un ambiguo oráculo de Delfos que le vaticinaba que “si militaba contra los persas él destruiría un gran imperio”, (sin percatarse de que el imperio destruido sería el suyo) decidió hacerle la guerra a Persia.

“Y habiéndose encontrado en la llanura que está frente a la ciudadela de Sardes (los ejércitos de Ciro y Creso), allí Ciro, cuando vio a los lidios dispuestos para la batalla, temiendo a la caballería, hizo lo que le sugirió Harpago, el guerrero medo: cuantos camellos, portadores de víveres y bagaje, iban en pos de su ejército, habiéndolos reunido y quitándoles la carga, hizo montar en ellos a hombres equipados con vestidura de caballería y determinó que éstos, equipados, marcharan al frente del resto del ejército contra la caballería de Creso y mandó que la gente de infantería siguiera al grupo de camellos y detrás de la infantería colocó toda la caballería... (y los) colocó así por esto: el caballo tiene miedo al camello y no se contiene, ni viendo su aspecto, ni percibiendo su olor; por tanto, a causa de esto mismo planeó: para que fuera inútil a Creso la caballería, con la que, en efecto, el lidio pretendía distinguirse. Y en cuanto entraron en combate, entonces, inmediatamente que los caballos olieron a los camellos y los vieron, se volvieron atrás y se desvaneció para Creso la esperanza” (19).

En este corto episodio, Herodoto muestra la inmediata aplicación del oportuno consejo, así como sus óptimos resultados, sin detenerse en más explicaciones.

La última narración sirve un doble propósito, pues ofrece un tipo más de consejero práctico, y al mismo tiempo sirve de epílogo a las varias historias que sobre el rey Creso se han estudiado. Creso, hecho prisionero y milagrosamente salvado de las llamas de la pira, es perdonado por Ciro y adquiere una nueva categoría de confidente, en virtud de la cual lo previene:

“Puesto que los dioses me han entregado a ti como esclavo, si noto algo más, considero justo señalártelo. Siendo los persas por naturaleza fogosos, son pobres. Así pues, si tú los toleras saqueando y apoderándose de grandes riquezas, esto tendrás asegurado de parte de ellos; de ellos, quien se apodere de más, aguarda, que éste se sublevará contra ti. Ahora, pues, obra así si es que te agrada lo que yo digo: de los lanceros, pon guardias en todas las puertas, los cuales, recogiendo el botín, digan a quienes lo llevan que es necesario que sea sometido al diezmo para Júpiter; y tú no serás odioso para ellos, recogiendo por la fuerza el botín; y ellos, comprendiendo que tú haces lo justo, voluntariamente lo entregarán” (20).

Teniendo en consideración todo el material observado, se puede deducir que en la mayor parte de los casos el consejo general, cuando lo hay, no es aceptado; el consejo pasa a ser entonces una advertencia que tendrá su efecto dramático en el curso posterior de la narración, como es evidente en el caso del episodio de Solón y Creso, o el de

la advertencia de Giges a Candaules, o, más dramático aún el aviso del Sabio Chilón, no tanto para Hipócrates como para Atenas.

Por el contrario, el consejo específico generalmente sí es aceptado y puesto en práctica con excelentes resultados. En ambos casos, el confidente o consejero queda reconocido como 'sabio' por el resultado de sus consejos, sea éste un resultado inmediato o uno que llega con el curso del tiempo.

Claro está, que existen muchas ocasiones en que el rey o líder resuelve, sin ayuda, alguna dificultad o concibe algún plan, pero los casos en que la solución le viene de un consejero son mucho más numerosos.

Podría, por otro lado, considerarse arbitraria la división tajante que se hace de los consejeros, pues en realidad no siempre es fácil distinguir entre un tipo y el otro, además de los casos en que un mismo consejero representa a ambos tipos. Pero en todas las instancias, hay un factor que persiste, y es la necesidad de un consejo —y de alguien que lo provea— en un momento dado. En las narraciones estudiadas de Heródoto, al surgir la necesidad, surge también el confidente. Y, según sea el caso, el vaticinador trágico se ocupará de las advertencias, el desciframiento de sueños, portentos y oráculos, mientras que el consejero práctico resolverá la dificultad inmediata de su interlocutor.

Se puede afirmar, en consecuencia, que el confidente como tal es un recurso técnico muy importante en Herodoto, y muy bien explotado por él, al punto de que si la tradición no registra uno por nombre —y registra muchos— Herodoto empleará casi cualquier 'sabio' disponible para llenar el requisito...

NOTAS

- (1) R. Immerwahr, 'Form and Thought in Herodotus', *American Philological Assoc.* (1967).
- (2) La intelectualización parece ser la regla, y la pasión, la excepción que la confirma.
- (3) Ver Heródoto, *Historias*, Tr. Arturo Ramírez Trejo. "Biblioteca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana", México: UNAM, 1976, Tomos I y III., para un ejemplo en I, 191, 1.
- (4) *Infra*, pág. 6.
- (5) *Infra*, pág. 7.
- (6) Herodoto, VII, 46-47.
- (7) *Ibid.*
- (8) Los jonios de Asia Menor eran colonos de las grandes ciudades jónicas del continente.
- (9) Herodoto, VII, 51.
- (10) Herodoto, I, 30-32.
- (11) *Infra*, págs. 10 y 11.
- (12) Herodoto, I, 8-9.
- (13) Herodoto, I, II.
- (14) Chilón de Esparta, uno de los siete sabios.
- (15) Herodoto, I, 59.
- (16) Oxford Classical Dictionary, 2a. edición.
- (17) ὕβρις como exceso de orgullo, ἀπορία como una dificultad.
- (18) Herodoto, I, 123.
- (19) Herodoto, I, 80.
- (20) Herodoto, I, 89.

